

abstuvieron algunos de los presentes de hacerlo. Y fue tanto el contento que recibieron, en ver y tratar aquel cuerpo santo, que se estuvieron en este acto hasta la media noche, alabando a nuestro Dios y señor en sus santos. Vistiéronle un hábito y metido en una bien labrada caja lo volvieron a enterrar, donde debe de permanecer entero, si ya no es que el edificio nuevo de la nueva iglesia, con lo que ha sumido y levantado el agua, con la humedad no lo ha corrompido. Aunque ni agua, ni fuego bastan a consumir a los santos, cuando Dios es su amparo y guarda, como se vido en los tres mozos de el horno de Babilonia, y en San Clemente en el mar, y en otros muchos se ha visto. Allí yace esta santa reliquia, hasta el juicio final, si Dios en otro tiempo antes no la descubre o manifiesta; el cual sea alabado por siempre.

CAPÍTULO LII. *Que trata de los benditos y religiosos varones, fray Marcos de Nisa y fray Jacinto de San Francisco*



DIOS, COMO PIADOSO Y CUIDADOSO DE ESTA SU VIÑA INDIANA, la cual había descubierto a nuestros españoles, andaba por todas las partes de la cristiandad haciendo gente para traerla a éstas, en los principios de su conversión. Porque como corrió la fama por todas ellas de el grandísimo gentío, hallado en las nuevas tierras, y que padecían grande necesidad de doctrina, muchos se movían con la inspiración interna de Dios a venir a ellas. Y entre otros grandes siervos de Dios que vinieron, fue uno fray Marcos de Nisa, natural de la misma ciudad de Nisa, en el ducado de Saboya; el cual partió para esta Nueva España el año de 1531, sin reparar en las muchas leguas que por mar y tierra tenía que caminar, a fin de hacer esta jornada. Y habiéndola hecho con mucho trabajo, hasta la Isla de Santo Domingo, no luego se vino a esta Nueva España; porque oyó que la tierra de el Perú era recién conquistada, para donde se partió, con fervor y celo de aprovechar a las gentes idólatras allí descubiertas; pero Dios, que le quería para ministro de éstas, no le quietó el corazón en aquellas, porque las halló con mucha inquietud y muy desacomodadas para sus intentos, y así se vino luego a la Nueva España a esta provincia de el Santo Evangelio, adonde por sus letras, religión y buenas partes fue recibido con mucho gusto y a pocos años elegido en tercero ministro provincial, después que acabó su oficio el santo varón fray Antonio de Ciudad-Rodrigo; y con el cargo de provincial partió en demanda de la tierra nueva de Cibola, de que tuvo noticia por relación de otro religioso (como decimos en otra parte) y satisfecho en alguna manera de las poblaciones que por allí había volvió segunda vez en demanda de la misma tierra, llevando algunos religiosos en compañía de el capitán Francisco Vázquez de Coronado, que fue por general de los españoles. Anduvieron mucha tierra desierta y pasaron grandes trabajos hasta llegar a la tierra de Cibola y Quivira. Dio la vuelta, no con menos trabajos que a la ida, y resultóle de aquella tan larga jornada

una grave enfermedad, de que quedó tullido hasta la muerte. Era fray Marcos varón muy religioso, docto y celoso de la conversión y salvación de las almas; por la cual se sacrificaba a Dios en todos los riesgos y peligros que se le ofrecían, atendiendo más (siendo provincial) a dar pasto de doctrina a sus ovejas que a tomar refección para el descanso de su cuerpo, diciendo que su manjar verdadero era hacer la voluntad de el padre celestial que está en los cielos. Murió santamente en el convento de Mexico, donde está enterrado.

Fray Jacinto de San Francisco (que corrompido el vocablo, lo llamó el vulgo fray Cintos) fue conquistador de esta Nueva España en compañía de el marqués de el Valle don Fernando Cortés, al cual le cupieron en repartimiento los pueblos de Hueytlalpan y Tlatlahuquitepec, cuando por orden de el emperador se repartieron; donde andando trabajando por hacerse rico, a costa de el sudor y sangre de los indios que tenía en encomienda, al tiempo que más engolfado estaba en la codicia de las cosas temporales (que es la que más inquieta a los hombres y los desasosiega) le volvió Dios el corazón y lo redujo a su rebaño, escogiéndolo para sí y haciéndole renunciar todas las cosas, de todo punto, con aceleración y presteza, por la manera siguiente. Enviando una vez de Hueytlalpan unos indios criados suyos a otro pueblo, dos leguas de allí, a cosas que le importaban, supo cómo otros indios infieles los habían cautivado y los querían sacrificar a sus ídolos. Causóle cuidado esta nueva y apercibiéndose de guerra tomó luego camino para allá, con la gente que pudo de sus tributarios, y procuró librar a los que estaban en tanto riesgo y peligro de sus vidas. Mas como las cosas no están al albedrío de el hombre, ni a su voluntad, por ser Dios el supremo disponedor de todas, por permisión divina suya, sucedió muy al revés de lo que pensaba; porque los indios infieles prevalecieron contra él en tanta manera que haciéndole volver las espaldas lo siguieron muy gran trecho con deseo de matarlo; y bajando por una cuesta abajo, le dieron tantas pedradas y golpes que se tuvo por milagro haber entonces escapado con la vida. De otros peligros semejantes contaba el haberle librado Dios, por su infinita misericordia, como a quien tenía escogido para servirse de él en la religión. Y así en aquella presura, con ir turbado y medio muerto, tuvo ventura en desembarazarse y escaparse de sus enemigos, caminando por un arroyo arriba fuera de camino.

Cuando se vio solo y que ninguno le seguía, apeóse de el caballo y echóse a descansar en el campo sobre la tierra, donde fue arrebatado en espíritu, ante el tribunal de Dios, y duramente reprehendido porque tenía esclavos que pasaban de quinientos; y fuele dicho que si quería salvarse dejase los pueblos que tenía en encomienda y los esclavos, con todo lo demás que traía su corazón cautivo. Y en volviendo en sí y despertando, puso luego por obra, sin detenimiento alguno, lo que le fue mandado, obedeciendo el consejo de el Profeta que dice: Si oyéredes hoy la voz de el Señor, no queráis endurecer vuestros corazones, ni tardes de convertirte a tu Dios (como dice el mismo por el *Eclesiástico*)<sup>1</sup> ni difieras tu conversión, dilatándola de día en día, por-

<sup>1</sup> Eccles. 17.

que súbitamente y sin pensar viene su ira, y en el tiempo de su venganza te destruirá y desmenuzará, y te convertirá en nada. Con este temor, que de la visión cobró, se fue derecho a su casa, herido de la saeta de la voz divina y dio libertad a todos sus esclavos, y dispuso de todo cuanto había en ella, no para morir en la vida corporal, como le amonestó el profeta Isaías al rey Ezequías, sino para darle de mano en el desprecio de todas las cosas y seguir a Cristo, pobre y humilde en el estado de la religión. Y despojado el siervo de Dios, Jacinto, de todos los bienes de la tierra, tomó el hábito de religión en San Francisco de Mexico, y no para el coro, aunque sabía bien leer y escribir, más para lego. Y después de profeso, sirvió en aquel convento de portero muchos años, con grandísimo ejemplo y edificación de toda aquella ciudad que le tenía en mucha estima y veneración; tuvo deseo de que los indios, que eran de los pueblos que habían estado en su encomienda, quedaran libres de todo tributo y lo procuró con todas sus fuerzas, después de fraile, mas no los pudo libertar para siempre, por ser hacienda que de los encomenderos vuelve a la corona real de Castilla; pero con todo fue medio para que fuesen reservados de tributo por algunos años. Y procuró que se les diesen ministros religiosos, y fueron de ellos doctrinados con mucho cuidado, aunque andando el tiempo se hubieron de dejar aquellos conventos a clérigos, por falta muy grande que hubo en aquellos tiempos de religiosos.

Desde el principio de su conversión, hasta lo último de su vida, resplandeció en él todo género de virtud y santidad. Andaba de continuo como extativo y arrobado en Dios, por donde muchas veces hacía falta en los cumplimientos exteriores que eran a su cargo. Y puesto de propósito en la oración, era tanta la vehemencia con que su espíritu se allegaba a Dios, que las más veces quedaba elevado y absorto, fuera de sí, como hombre sin sentido, y a las veces rompía este fervor, en voces que daba, sin saber lo que se hacía, como hombre ajeno de los sentidos. Tuvo ferviente celo de la salvación de las almas, con el cual a todos amonestaba la guarda de la ley de Dios. Y cuando veía mancebos solteros españoles, considerando el peligro de aquella edad, compadecía de ellos y deseaba (si fuera posible) que todos entraran en religión: y a los que podía se lo persuadía, como aquel que sabía de la una vida y de la otra, deseando con espíritu de Dios, que todos se librasen de los peligros de el mundo, en que él se había visto. También procuraba por los indios todo lo posible, solicitando que se les diesen ministros para que de ordinario tuviesen doctrina. Y creciendo en él cada día más el fervor de la caridad, pareciéndole al cabo de su vejez que se le había pasado la vida sin aprovechar al prójimo, pidió licencia a sus prelados para ir a ayudar a convertir los indios chichimecas que había en las fronteras de los Zacatecas. La cual alcanzó de sus prelados, y concedida, fue a esta jornada en compañía de fray Pedro de Espinareda, gran religioso y siervo de Dios, de la provincia de Santiago, y de otros dos sacerdotes, el año de 1560; y en poco tiempo pacificaron aquella tierra, por más de cincuenta leguas y hicieron poblaciones de aquella gente alarbe, que ahora están en policía y cristiandad. Ayudó mucho el siervo de Dios fray

Jacinto, y con mucha fidelidad en esta conquista de ánimas, por espacio de cinco o seis años.

Cuando llegaron de nuevo adonde después edificaron la villa, que ahora está poblada, llamada de el Nombre de Dios, era una tarde y día de ayuno, y llegaron fatigados de hambre porque aquel día no habían comido bocado; y como iban a pie y cansados, echáronse a descansar en el suelo, arrimados los unos a los otros, por causa de el frío, que lo hace muy grande en aquella tierra. Y un indio, que iba con ellos, movido por ventura de la moción de Dios, se allegó a un arroyo que pasa junto a la villa y halló en la ribera de él doce peces grandes, muy hermosos, que en esta tierra se llaman bagres, y son como los barbos de España; y muy alegre de verlos cargó de ellos y llevóselos a aquellos santos religiosos, a los cuales, con ellos, la Divina Providencia quiso proveer en aquella necesidad, como en otro tiempo a los que le seguían por el desierto, hartó con cinco panes y dos peces, multiplicándolos en tanta cantidad que sobró abundantemente. Y así, como don, enviado de tan larga mano, lo recibieron estos religiosos con mucha consolación de su espíritu, dándole por él muchas gracias; y aunque por entonces no entendieron el grande misterio, después conocieron más claramente haber sido aquella provisión milagrosa; la cual quiso nuestro Señor hacer por los méritos de su siervo fray Jacinto; porque desde entonces acá, nunca en aquel arroyo se ha hallado tal pescado.

Quince días antes de su fallecimiento, estando bueno y sano, no cesaba de cantar (como otro cisne que ya siente su muerte) con los indios mozuelos, nuevos cristianos; y provocaba a su mismo guardián a que cantase con él lo mismo, y decíale que le comunicaba Dios cosas nuevas que nunca, hasta entonces, se las había comunicado. Al cabo de estos días, saliendo al patio, fuera de la casilla donde moraban, le mordió un alacrán bien pequeño, en cuya picadura conoció su muerte. Y visto por el santo varón que su muerte se le acercaba, confesóse generalmente con el dicho guardián. El cual afirmó después (para gloria de nuestro Señor) no haber hallado en este su siervo que pecase mortalmente, después que entró en la religión; caso de que debe ser Dios muy alabado, pues con tanta eficacia guardó el corazón de este su siervo, por todo el tiempo que fue fraile. Recibió todos los santos sacramentos con mucho espíritu y devoción; y encomendando al Señor la fe y cristiandad de los indios, pasó de esta vida a la eterna, año de 1566. Enterraron su cuerpo debajo de el dormitorio, que entonces servía de iglesia y trasladándolo, al cabo de un año, a la iglesia nueva que se acababa de hacer, lo hallaron todo entero, tan sólo el hábito gastado, y algunos afirmaron que olía muy suavemente; y no hay que maravillar de que así estuviese el cuerpo de este santo lego, que aunque es verdad que no sirvió en esta conversión, diciendo misa, ni confesando, como los sacerdotes, sirvió al menos en otros ministerios necesarios y concernientes a ella; por lo cual mereció con ellos parte de este dichoso premio; como sucedió en el ejército de David,<sup>2</sup> que tanta parte llevaron en los despojos los que

<sup>2</sup> 1. Reg. 30.

habían quedado a guardar el bagaje, como los que se hallaron en la guerra peleando. Y si la santidad de muchos la ha manifestado Dios en conservando, sin corrupción, sus cuerpos, como (fuera de otros muchos de el mundo) se ha verificado en algunos de estos reinos indianos, que en ellos se han ocupado en la predicación evangélica, también la quiso dar a entender de este su siervo, por este modo de conservación y suavidad de olor que de sí echaba, queriendo Dios que por éste se coligiése el de su religiosa y santa vida. Está enterrado en la villa de el Nombre de Dios, en medio de la capilla, con sepultura señalada. Es muy grande la memoria que de este santo religioso tienen los españoles de Mexico que le alcanzaron a conocer.

CAPÍTULO LIII. *Que trata de el venerable, y religioso padre  
fray Jacobo Daciano*



FRAY JACOBO DACIANO FUE NATURAL de el reino de Dacia, y fue de la casa y sangre real de aquel reino; el cual, tocado de la mano poderosa de Dios, en la cual, como dice el Sabio,<sup>1</sup> está el corazón de el rey, dejó el mundo y tomó el hábito de la orden de nuestro padre San Francisco en la misma provincia de Dacia, donde ayudado de su divina gracia fue creciendo en virtud y letras, deseando ser pobre en la casa de el Señor, antes que rico en la de los reyes, no queriendo confiar en el favor de los príncipes (como amonesta David)<sup>2</sup> en el cual no hay salud porque, como advierte de ellos Teodoreto, algunos tienen limitado el gobierno, y al mejor tiempo se les acaba, y aun no les queda ayuda para sí mismos, o ya que lo tengan perpetuo son mortales y semejantes a vanidad (como en otra parte dice el mismo salmista)<sup>3</sup> y todo acaba con larga o corta vida que Dios es servido de darles. Por esto se preció este verdadero seguidor de Cristo nuestro redemptor, de unirse más a su divina gracia que al favor de la sangre real de donde procedía. Fue uno de los más insignes teólogos que había en todo el reino, el cual supo las lenguas, hebrea y griega, en aventajadísimo grado. Llegó en su provincia a ser provincial, por las muchas partes que en él concurrían de nobleza, letras y religión. Fue grande perseguidor de herejes luteranos (que los había en aquel reino, en aquella sazón, que aclamaban libertad de conciencia) con los cuales disputó muchas veces y muchos años. En este medio tiempo sucedió que un obispo, tocado de esta diabólica lepra procuró, en diversas ocasiones, de atraerlo al error de su desventurada ceguera, por ventura, pareciéndole que siendo tocado de ella y provincial podría fácilmente inficionar a otros muchos de sus frailes para que aquella mala secta, como mancha, cundiese. Pero el varón de

<sup>1</sup> Sap. 21.

<sup>2</sup> Psal. 145.

<sup>3</sup> Psal. 102 et 143.